



FLORENCIA CANALE AMORES PROHIBIDOS

*Las relaciones secretas
de Manuel Belgrano*

booket

Florencia Canale

Amores prohibidos

PRIMERA PARTE

Juventud

CAPÍTULO

I

Era temprano por la mañana, el alba. La hora favorita del día. Hacía mucho frío en cubierta, pero lo inhóspito del clima no lograba amedrentarlo. Se había acostumbrado a esas temperaturas filosas en Europa, el continente que dejaba atrás. Manuel cerró el capote hasta el último botón, envolvió su cuello con la bufanda de lana que le había tejido su hermana María Josefa antes de partir, y apoyó el cuerpo abrigado sobre la baranda. Le gustaba perder la mirada sobre el océano. Era la excusa ideal para volver sobre sus pensamientos, activar los recuerdos. Le gustaba aprovechar esas horas solitarias, le permitían pensar tranquilo. En un rato, la cubierta del navío se llenaría de voces y pasos. No era justo que se lo señalara como un ermitaño. La realidad era que siempre estaba rodeado de gente y estos momentos, en los que lo único que escuchaba era el vaivén del oleaje, eran la gloria.

El viaje iba a ser muy largo. Las conversaciones, los reclamos de una que otra señora y las confesiones de algún colega serían moneda corriente durante un par de meses. Nada mejor que los amaneceres en soledad con la caricia del viento helado sobre la cara descubierta.

Hacía dos meses que había recibido la noticia de su nombramiento. María Josefa había entrado como una tromba en su recámara, sin siquiera anunciarse. Traía en la mano la esquila que unos segundos antes había depositado la guar-

Amores prohibidos

dia oficial. Manuel escribía las cartas de rigor, sentado a su escritorio: una dirigida a su madre, la otra a su padre.

—No me interrumpas, mujer. Estaba escribiendo las últimas novedades para tu madre y tu padre. ¿Quieres que les anuncie algo de tu parte? —sonrió con cansancio.

La hermana mayor lo miró con fastidio. El arribo de los guardias a la puerta de su casa confirmaba algún asunto relevante. El rey y sus ministros no enviaban así como así a sus mensajeros.

—Por favor, Manuel. No crispes mis nervios. Traigo una misiva oficial, ¿no te intriga? Eres increíble, tienes sangre de pato.

—A ti nada te conmueve. Nuestra madre hace lo imposible por sostener a la familia en Buenos Aires, y a Francisco y a mí aquí en Madrid, y tú con nimiedades.

—¿Quién te dice? Tal vez sea alguna buena nueva del litigio de papá —apoyó la esquila en la mesa de arrimo que flanqueaba la puerta de la recámara que ocupaban sus hermanos, que tan gentilmente les habían ofrecido ella y su marido, don José Calderón de la Barca. Josefa había mostrado la felicidad que le daba hospedar a Francisco y a Manuel, primero, y luego a Carlos, el mayor, quien había llegado después de la partida del primero a otras ciudades europeas; los adoraba. Los veía poco y nada, ya que los estudios y otras actividades los mantenían fuera de la casa. Y ni qué hablar de la diversión que dominaba sus horas libres.

Manuel estaba muy preocupado por su madre. A partir del proceso, embargo y encarcelamiento de Domingo, su padre, la vida de doña Josefa y sus hermanos menores se había transformado en una pesadilla. No tenían ni un peso. Ni siquiera para comer. Era increíble que sus padres, habiéndole propiciado una educación más que pudiente durante sus primeros años, hoy estuvieran casi en la indigencia. Su

madre se había visto obligada a pedir prestado entre los vecinos para alimentar a los más pequeños. En algunas de las cartas Manuel le había ofrecido regresar para ayudarla. Doña Josefa se había negado categóricamente. La preparación académica de sus hijos era lo único que privilegiaba. Y si era en Valladolid y Salamanca, más.

—Todo sigue igual, Josefita. Papá sigue incomunicado. En casa, pero encerrado, como si fuera un monje de clausura. No puede salir. ¿Te imaginas lo que es eso para nuestro padre? La muerte en vida.

Josefa tenía tres años más que Manuel y ya era una mujer hecha y derecha. Con solo imaginar las desdichas que embargaban a sus padres, las entrañas se le hacían un nudo. Refregó la palma de sus manos contra el brocato ocre de su bata.¹ No le gustaba que su familia pasara necesidades.

—¿Entonces? ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo es posible que nuestro padre esté involucrado en asuntos de ese tipo? Domingo Belgrano y Peri no es ningún malhechor. Ya mismo hablo con mi marido. Debemos enviarles dinero, Manuel. Esto no puede seguir así. ¿Qué va a decir la gente?

Manuel se incorporó y caminó hasta la puerta. Abrazó a su hermana y la besó en ambas mejillas. Tomó la esquila que le había traído la guardia oficial. Acomodó los rulos castaños que caían sobre sus ojos y se desperezó. Su cuerpo le avisó que hacía horas que estaba sentado. Los huesos le crujieron. Josefa soltó una carcajada. Él la miró fijo.

¹ La bata hizo su aparición luego de 1780 en España, un “vestido a la francesa”. Era largo, abierto por delante, y permitía ver la falda. En la espalda, partiendo de la cintura, los pliegues planos se abrían hasta abajo, a modo de cola.

Amores prohibidos

—¡Ah, mala mujer! Te burlas de mí —le respondió Manuel, cómplice. Su hermana era una santa. Él y su hermano hacían lo que les venía en gana y ella nunca tenía ni una palabra de reproche. A veces se olvidaban de que esa no era su casa y regresaban a cualquier hora luego de succulentas juergas. Si es que volvían.

—¿Crees que nuestro padre tuvo algo que ver con todo lo que ha pasado? —era la primera vez que María Josefa dejaba entrever alguna duda respecto del caso que implicaba a su progenitor en el proceso judicial que le había iniciado la Aduana de Buenos Aires.

Manuel miró fijo a su hermana. Su mirada azul brilló como el filo de un cuchillo. ¿Tenía sentido que le explicara a Josefa los negocios de su padre?

—Hice todo lo posible para evitar gastos superfluos. Intenté abandonar los estudios, no me lo permitió. Le escribí que eran un derroche inútil, pero no quiso atender mis argumentos.

Josefa se cruzó de brazos. Esperaba la respuesta a su pregunta. Percibía que su hermano daba vueltas. Pero de los negocios de su padre, nada. ¿Sería verdad lo poco que había oído las otras noches? Mientras acomodaba los platos y trastos luego de la comida, su marido y sus hermanos habían estado conversando en voz baja. Al pasar había oído el nombre de su padre. Pero cada vez que ella se acercaba con alguna excusa, ellos cambiaban de tema. Había leído la pila de anotaciones de Manuel, pero eran incomprensibles. Se acercó y estiró su mano blanca. Manuel la tomó con la que tenía desocupada y le sonrió.

—¿Para qué insistes, Josefitita? No ganas nada sabiendo qué pasa en Buenos Aires. —Prefería no contarle los motivos por los cuales su padre había caído preso. Empezar

negocios poco claros con el administrador de la Aduana, Francisco Ximénez de Mesa, y hacer las veces de prestamista de algunos burócratas eran una opción certera de caminar por el abismo. Y caer. El marqués de Loreto, el virrey Nicolás del Campo, le había secuestrado todos los bienes para luego desembargarlos bajo caución, y así estaban las cosas—. A ver, ¿por qué no vemos qué necesita el rey?

Tomó el abrecartas y arrancó el sello real. Leyó una y otra vez. Josefa aguardaba. La ansiedad la estaba matando. Y Manuel continuaba con la vista fija en el papel.

—¿Y? —gritó la muchacha con los ojos desorbitados.

—Mañana debo comparecer en Hacienda. Me reclama el ministro Gardoqui. ¿Qué querrá esa gente?

* * *

Don Diego María de Gardoqui y Arríquibar y don Manuel Belgrano y González se estudiaban en silencio, cada cual desde el sitio que marcaban las jerarquías. El Consejero de Estado no había dudado un segundo al escuchar la recomendación de su subalterno don Pedro Aparici, uno de sus hombres de confianza, y creía a rajatabla todo lo que le decía. Hacía semanas que escuchaba el nombre de Manuel Belgrano para el puesto en América Meridional. En algunos meses pensaban inaugurar el Real Consulado de Buenos Aires y no quería equivocarse en la elección del hombre que se encargaría de organizarlo. Sabía que podían hacer grandes negocios en ese lugar recóndito, pero para eso necesitaba a alguien en quien confiar, un hombre con la suficiente inteligencia y preparación como para salir airoso de semejante aventura. Y que conociera al dedillo los bueyes con los que arase. Pero necesitaba verlo cara a cara.

Amores prohibidos

Las recomendaciones no bastaban para tal nombramiento. Su intuición pocas veces fallaba.

El Ministro Universal de Hacienda estaba sentado en su sillón favorito. El alto respaldo tapizado empequeñecía aún más su figura. Manuel debía moverse a un lado y al otro para poder fijar la vista en el vasco, quien cada tanto quedaba escondido detrás de la interminable pila de libros que dominaban su mesa.

—Bueno, joven. Ya sabe a qué viene a mi despacho, ¿cierto? —las cejas retintas y tupidas dominaban la cara del hombrecito. Su tamaño era inversamente proporcional al poder que detentaba. Con la mirada decía todo—. Don Pedro lo ha promocionado en grande. Supongo que usted responde a eso y mucho más.

Manuel perdía la atención de su mirada para fijarla en el respaldo de fondo marrón adornado con escenas galantes en *petit-point*. Le resultaba inevitable. Desconocía que el tapizado colorido era una de las tretas de Gardoqui para analizar a sus interlocutores con la guardia baja.

—No sé qué le ha dicho el oficial mayor Aparici de mí, pero espero estar a la altura.

—El Director del Departamento de la Real Hacienda de la América Septentrional es merecedor de mi confianza, y de una gran ayuda a nuestros asuntos, además —agregó el Ministro mientras acariciaba los largos apoyabrazos rematados en hojas de acanto.

Don Pedro se había transformado en el favorecedor de Manuel. Gracias a las conexiones de su cuñado José Calderón de la Barca, el joven estudiante había frecuentado algunas personas encumbradas. Una de ellas había sido José Manuel Aparici, el hijo mayor del oficial de la Secretaría del Despacho de Indias e integrante de la Orden de Carlos III. Tan

cercanos se habían vuelto que también compartía largas conversaciones y estadías en casa de don Pedro y su mujer, doña María García de Prado. Así fue como el cuarto en la línea del poder del rey en las Indias confió y conoció en profundidad al joven Belgrano.

—He sido muy firme al proponerle su nombre a Su Majestad —la peluca blanca contrastaba enormemente con el negro de las cejas de Gardoqui mientras guardaba un marcado silencio, como esperando algún gesto de su interlocutor.

Manuel parpadeó. Sostuvo la respiración. No sabía si sonreír para agradecer al Ministro. O tan solo perpetuar la solemnidad que venía ensayando. Le parecía extraño que ni siquiera hubiera nombrado una vez al ministro Godoy. Tal vez era mejor no preguntar.

—Y nuestro Señor, Don Carlos, ha tenido en gracia considerar su designación como secretario perpetuo del Real Consulado a erigirse en Buenos Aires —completó su anuncio el Ministro.

—Quedo perpetuamente obligado a vuestra generosidad y confianza, vuestra excelencia. Creo estar más que en condiciones para ocupar el puesto. Además de conocer de memoria esas provincias, os juro que velaré fielmente por los asuntos de nuestro Soberano en ellas.

—No se espera otra cosa de su parte.

Mientras respondía con auténtico agradecimiento el nombramiento de la Corona, Manuel evaluó las posibilidades reales de gestar proyectos nuevos en su lugar de nacimiento. Tal vez ya era tiempo de volver. Las ganas de recorrer Italia seguían rondándole. Su padre había hecho todo lo posible para que postergara ese sueño.

La mirada afilada de Gardoqui atravesaba el despacho todo. Era una señal. En ese instante reconoció que los días

Amores prohibidos

en Europa llegaban a su fin. Una nueva vida se avecinaba. ¿Sería tan grata como la que había vivido en Madrid? Prefería no adelantarse.

Manuel se aproximó a la mesa ante un gesto del Ministro, que en señal de confianza estiró la mano, para saludarse como caballeros; el joven la estrechó, bajó la cabeza y concluyó con la reverencia de rigor y giró. Se retiró sin volverse. El Ministro de Hacienda se apoyó en la mesa y apenas torció la boca. Sin llegar a sonreír. Estaba convencido de que la Corona debía contar con sus súbditos más capaces, así fuesen americanos.

* * *

Dominado por una extraña sensación en el cuerpo, llegó a casa de su cuñado. Cualquiera que conociera a Manuel solo en la superficie hubiera reconocido al instante que se hallaba envuelto en una euforia insistente. Sin embargo, el joven abogado era un experto en la simulación. Había aprendido a esconder sus emociones más profundas. Estaba entusiasmado, sí. Volver a su ciudad natal con semejante nombramiento era suficiente como para excitar hasta a un cadáver. Pero los últimos años en suelo español lo habían absorbido. Se sentía un hispano más, aunque muchas veces el recuerdo de su madre y sus hermanos le provocara una nostalgia inmensa. La correspondencia permanente entre María Josefa González y él no era suficiente.

¿Reconocería a Buenos Aires? No era la misma ciudad que había dejado hacía seis años. Eso con seguridad. Su familia tampoco era la misma. Su madre había tomado el toro por las astas hasta convertirse en la encargada de todo. Hasta del dinero y de los bienes que, al fin, habían sido desembargados. No sabía si tenía ganas de volver a ver a su padre. De alguna

manera, lo culpaba por los males que habían arrastrado a su familia. Y tenía fundamentos. En varias oportunidades le había advertido que sus socios no parecían trigo demasiado limpio. Don Domingo había hecho oídos sordos. Y así llegaron las consecuencias. Las cosas se habían solucionado paulatinamente, pero doña Josefa no había logrado recuperar la alegría que la había caracterizado. Hacía esfuerzos, pero Manuel la conocía de memoria. Sabía que la tristeza le había marcado el alma para siempre.

—¡Josefa! —llamó su hermano mientras cerraba el portón de madera. Se quitó el sombrero de ala ancha y sacudió algunos restos de nieve. Con grandilocuencia se arrancó la capa y la colgó en el perchero.

La sala estaba de punta en blanco. En pocos días, su hermana y su cuñado recibirían a un gran número de invitados para celebrar Noche Vieja. Además de los familiares de José, se sumaban a la lista algunas amistades del matrimonio. A Josefa le gustaba que su casa no tuviera ni un detalle fuera de lugar. Era imposible ver una mesa desordenada o una olla sucia en la residencia de los Calderón de la Barca y Belgrano. Manuel se mofaba de ella. Faltaba más de una semana para las celebraciones de Navidad y Noche Vieja y la sala brillaba como si aguardaran el golpe de la aldaba de cobre sobre la puerta de calle.

—Elvira, agrega dos cobijas en cada cama, por favor. Esta casa está helada, no logramos calentarla —ordenó a la criada, mientras se retiraba del ala doméstica. El mes de diciembre del año anterior, 1792, había sido menos crudo. No quería ni pensar lo que sería enero entonces—. Mi querido, ya estás de regreso.

Manuel abrazó a Josefa, la levantó como si no pesara y giró con ella entre sus brazos. La depositó sobre el suelo y la

Amores prohibidos

miró con una sonrisa que dominaba su cara. Ella lanzó unos gritos ahogados y abrió los ojos inmensos.

—¡Tenemos que festejar! Vuelvo a Buenos Aires, vuelvo a casa.

—¿Cómo es eso? ¿Qué te han dicho? Ay, Manuel, deja de intrigas y larga todo.

El joven lanzó una carcajada. Miró a su hermana, que lo desafiaba con los brazos en jarra y el ceño fruncido. Más que respeto, Josefa le provocaba una gracia inmensa.

—Se instala el Consulado en Buenos Aires y el Rey confía en mí para que me encargue. Seré su secretario perpetuo, hermanita querida —respiró hondo y creció en altura. Caminó orondo por el salón. El tranco lento y amplio hizo que lo recorriera por entero. Las calzas blancas ajustadas atravesaron la sala. Trabajó sus pulgares en la bocamanga de la chupa¹ de gros de Nápoles en seda azul oscuro—. ¿Y? ¿No me dices nada?

Josefa llevó sus manos a la boca y tomó aire como si lo hiciera por última vez. Sabía que el llamado de Palacio debía ser importante, pero nunca imaginó que fuera para tanto.

—¡Qué felicidad, Manuelito! Te lo mereces tanto, hermano querido. Siempre supe que eras el más brillante de la familia. ¿A quién iban a nombrar, si no? Eres perfecto para ese puesto. —Josefa entrecerró apenas los ojos. Escuchar semejante título le había adornado los oídos, pero para ser honesta no tenía demasiado en claro cuáles serían las funciones de su hermano en Buenos Aires.

Manuel sacó su reloj del bolsillo. Controló que no fuera demasiado tarde. En unas horas debía encontrarse con amigos. Había sido convidado a una tertulia. José Manuel le

¹ Prenda típica de la época, antecedente del chaleco, casi siempre sin mangas y algo estrecha.

había dicho a la pasada el nombre del encumbrado personaje que los recibiría, pero en ese momento no lo recordaba. Solo sabía que debía ponerse sus mejores galas. Nada le gustaba más que pasearse por los salones de la Corte española. Disfrutar de la buena música, jugar a las cartas o conversar rodeado de esa gente tan jovial y siempre bien dispuesta para la diversión, le sentaba de maravillas. Sus compañeros españoles le habían confesado que, si su viaje de estudios se hubiera llevado a cabo diez años antes, la diversión no hubiera sido la misma. El rey Carlos IV y su coqueta esposa María Luisa de Parma gustaban de celebrar. La población joven de Madrid estaba encantada. No así la más añeja, que miraba con malos ojos el despilfarro de la realeza y su séquito. Nada podía interesarle menos a Manuel que esas críticas. En poco tiempo volvería a Buenos Aires. Quería aprovechar hasta el último día los festejos a la española. Estaba seguro de que en su ciudad natal no encontraría tantas ganas de celebrar.

—Hermanita querida, discúlpame, pero debo acicalarme para la fiesta de esta noche. Pues sí, no me mires de ese modo. Nos reunimos en la residencia de Aparici, y de ahí vamos a una tertulia.

—¿En lo de quién esta vez, si se puede saber? —preguntó Josefa con fastidio.

—Pero qué curiosa eres, mujer. He perdido la memoria, ¿sabes? —disparó Manuel con una sonrisa que iluminó sus ojos azules. Sabía que, cuando sonreía, se metía a su hermana en el bolsillo, y ni qué hablar del sexo femenino todo. Ese gesto cautivaba a las mujeres, y muchas veces abusaba de él.

Giró en redondo y regresó al vestíbulo. Subió la escalera que lo llevaba a su recámara.

* * *

Amores prohibidos

Las risotadas de Manuel y sus amigos alegraban el inmenso salón del Palacio de Buenavista. Pero no eran los únicos ruidosos desperdigados por la habitación. Cantidades de damas y caballeros ocupaban los canapés blancos y azules guarnecidos en dorado, y aprovechaban para ponerse al día. Los hombres preferían la política; ellas, en cambio, sus nuevas adquisiciones, alguna desatención o el desembarco de renovados títulos nobiliarios, y las entrometidas —casi siempre las más—, los deslices amorosos, apasionadas aventuras ocultas, o el romance tormentoso del momento.

El joven Manuel pasó el dorso de la mano por su frente para secar el sudor incipiente que empezaba a molestarle. El fuego de la gran chimenea había logrado burlar el frío intenso de las calles. Los rulos que enmarcaban su cara estaban completamente desordenados. Parecía un muchachito travieso más que un abogado presto a cumplir el flamante nombramiento real. La mirada chispeante por el vino de Borgoña recorrió cada rincón del salón. Se detuvo en el retrato que ocupaba gran parte de la pared principal, iluminado por una de las tres arañas que colgaban del techo. Se preguntó quién sería ese hombre mayor que los miraba desde el lienzo. Desarrugó su casaca de terciopelo cincelado de seda marrón y se dirigió a la mesa donde abundaban las jarras de café y chocolate, además del sinfín de botellones de vino y licores. En la otra punta se habían dispuesto enormes fuentes con compota, y bandejas con turronecillos de cacao Soconusco, chocolate en pasta y vainillas. Allí se había amontonado un grupo de mujeres con ansias de algo dulce. Manuel las miró francamente desde su rincón, sin siquiera disimular. Ellas estaban en otra cosa, no repararon en la mirada del joven. El chismorreocillo las transportaba a un mundo propio.

—¿Se han enterado del nuevo desplante de la Reina? —señaló una de las muchachas—. Por momentos pienso que el Rey es sordo, ciego y mudo.

—Pero, María Cristina, nosotras somos las menos indicadas para juzgar nada —respondió una de las cuatro participantes del conciliábulo femenino. Y soltó una risita cómplice.

Manuel sonrió y recorrió la figura de esa mujercita de cabellera morena. La piel blanca que dejaba ver su escote lo encandiló. Al instante le recordó el cuerpo de María Eugenia, aquella muchacha que había frecuentado el año anterior, enloqueciéndolo por demás. También la había conocido en una fiesta. Su amigo Aparici había logrado la introducción de rigor, aunque después supo que estaba todo arreglado por la muchacha. Maruja lo había marcado y hubo de hacer todo lo posible para lograr un acercamiento. Era una noche de verano y el abanico de la damita no dejaba de sacudirle aire sobre la cara. El jubón¹ combinado en seda labrada morada y tafetán marfil dejaba al descubierto parte del cuerpo joven de la española. Manuel no podía despegar los ojos del abanico, que casi acariciaba el pecho de su futura nueva conquista.

—¿Acalorada? —había preguntado en el instante que quedaron solos.

—Entre otras cosas —respondió, presumida, con su mirada fija en el muchacho rubio.

—Tal vez encuentre la forma de refrescarla —avanzó Manuel y le ofreció el brazo para sacarla de allí.

¹ Torso o parte superior del vestido femenino, típico de la época, también conocido como *pirrot* en Francia. Muy escotado y entallado en la cintura, para dar lugar a la gran falda.

Amores prohibidos

Ante el examen feroz de sus amigas que espiaban a la distancia, María Eugenia aceptó el convite y salió junto al guapo caballero, al que todas habían estado disputando.

Manuel trajo a la memoria aquella fiesta en casa del Duque de Linares. También recordó que don Ángel María de Carvajal y Gonzaga había muerto hacía bien poco, dejando a su esposa María Soledad Fernández de Córdoba y Pimentel, hija del Duque de Medinaceli, embarazada de su primer hijo. Sin embargo, esos habían sido otros tiempos. Era el momento de celebrar, y hacia allí había partido Manuel junto a los Aparici, padre e hijo, quienes convidaban a su amigo y protegido a cuanta fiesta de la Corte hubiera. Juan Manuel le había dicho que esa noche estaría una joven que tal vez le interesara. Conocía el gusto de su amigo y sabía que sería de su agrado. Manuel dominaba de maravillas el arte de la seducción y las damitas elegantes eran su debilidad.

Apenas franquearon el portal de la calle Mayor, los había recibido la gran escalera doble. Continuaron su camino hacia el gran salón, pero en el descanso superior Manuel vio una imagen que lo desconcentró por completo. Era María Eugenia, que observaba desde esas alturas a los recién llegados, junto a su íntima amiga, la dueña de casa.

Los avances y miradas complacientes se sucedieron, hasta que Manuel y Maruja intercambiaron aquellas palabras que los arrastraron hasta los jardines del fondo. No eran los únicos en ocupar ese sector de la casa. Varias parejas habían salido en busca de algo de intimidad o tan solo un poco de aire fresco.

Maruja se acomodó en un banco de piedra e invitó con la mirada a su caballero. Con la mano izquierda quitó los rulos que cubrían su hombro. La melena sobre el pecho aumentaba el calor que ya de por sí aletargaba la noche. Con un

vaivén frenético sacudió el abanico de encaje de Bruselas y marfil, sobre su cuello. Intercambiaron pocas palabras. Pero los cuerpos hablaron por sí solos. La muchachita escondía y descubría su boca, de acuerdo a la estrategia de seducción. A pesar de su corta edad, María Eugenia dominaba esas artes. Estaba más que satisfecha con el devenir de los acontecimientos. Manuel fue acercándose de a poco a la damita de ojos negros, hasta que sus labios comenzaron a susurrarle frases bonitas al oído. Los ojos de Maruja se entornaron y sonrió levemente. “El joven americano sí que sabe hablarle a una dama. No me equivoqué. Ahora quiero su cuerpo pegado al mío”, pensó.

* * *

Aquella muchacha que había conocido hacía más de un año en casa del Duque de Linares no había sido su única conquista. Ni mucho menos. Una larga lista de mujeres que gustaban de merodear en la Corte era el objetivo favorito de Manuel. Cuanto más coqueta, presumida y sobre todo avasallante fuera la muchacha en cuestión, mejor. Pero no solo el deleite pasaba por la recámara. Escucharlas hablar e interiorizarse en sus mundos para descubrir sus secretos aumentaban su interés. Las reuniones con amigos eran hechos sagrados para Belgrano, pero dialogar con alguna que otra dama que le despertara aunque más no fuera un poco de curiosidad era una práctica que cultivaba con fervor. Mientras le duraba el encandilamiento, cumplía a rajatabla con todas las formalidades que obligaban a un buen cortejo: acudía a tomar chocolate por las mañanas con la dama elegida y por las tardes salían a los paseos. Cuando se le ocurría pertinente, le obsequiaba flores o cintas coloridas, siempre en

Amores prohibidos

tan alta estima para las muchachas, y si necesitaba precipitar alguna reacción que empezaba a tornarse dificultosa, procuraba asientos en la cazuela del Teatro de la Cruz.¹ Nunca descuidaba los modales y eso le era siempre muy agradecido. Las damas de la Corte española sabían reconocer al instante a un caballero educado que guardaba las formas. Era imprescindible no perderlas. Ni siquiera cuando frecuentaba los burdeles de Madrid, también de su gusto. Las dueñas de las mancebías adoraban a su Manolito. Lo mimaban como si fuera de la familia. Y él respondía de igual manera. Era generoso con las mancebas y las dueñas de casa. En muchas oportunidades agregaba una propina de reales de plata a la paga estipulada. Él y sus hermanos Francisco y Carlos en diferentes temporadas, y sus amigos José Manuel y alguno que otro, hacían sus visitas periódicas. Las mancebías favoritas eran la de la Pingarrona² y la de Rosa. Lo recibían con una alegría inusitada. Y no siempre hacía uso de las jovencitas en oferta. Eso y el trato cordial que recibían del “americanillo” —así lo llamaban— eran más que suficientes para otorgarle servicios diferenciados.

Los amoríos de Manuel fueron eso. Solo vínculos, de mayor o menor monta, y ocasionales. Pero no por ello menos significativos. Sin embargo, algunas de las involucradas habían tomado bastante en serio el comportamiento galante del conquistador, esperando más de la cuenta. Al joven abogado ni se le hubiera ocurrido llegar a mayores con ninguna de sus pretendidas. Es más, sabía de antemano que todo eso era

¹ Fue el primer edificio dedicado a la actividad teatral y derrumbado en 1859. Situado en el cruce de las calles Espoz y Mina y Cruz.

² Situada en la calle del mismo nombre, hoy llamada de Soler y González, en el barrio de Lavapiés.

un juego de soltero algo casanova. De placeres compartidos, por supuesto. Era evidente que no se había enamorado de las damas españolas. Pecaba de ingenuo. La juventud había colaborado para que desconociera bastante la naturaleza femenina y algún que otro desborde lo habían conducido a padecer las consecuencias. Tenía la buena fortuna de no haber sido retado a duelo, pero una golpiza sin secuelas graves hubo de cobrar. El hermano mayor de una de sus prometidas de fantasía lo había esperado en una oscura esquina para propinarle varios golpes, que luego habían recibido el cuidado amoroso de su hermana. Josefa intentaba aquietar el carácter impulsivo que Manuel tenía para con las mujeres, pero era una tarea imposible. Solo el tiempo calmaría su temperamento, transformándolo en un hombre de temple.